

YO SOY EL ARMA

Allen Zadoff

*Libro uno de la trilogía
Asesino Anónimo*

numeral



SUJETO UN BATE DE BÉISBOL.

Es un Rawlings compuesto y pesa novecientos gramos. Siento su peso en las manos. El balance no es muy bueno porque está abollado en la punta.

Sujeto el bate por ambos extremos y estiro en el estacionamiento luego del partido. Natick contra Wellesley. Todos mis compañeros de Natick me rodean, deportistas de preparatoria haciendo lo que hacen siempre después de una victoria. Celebrar. Gran cosa.

Yo también celebro, al igual que ellos.

Esto es lo que pienso:

Soy uno de ustedes. Soy joven. Soy un ganador.

Sonrío y estiro.

Luego de unos minutos, llevo mi peso hacia la pierna que está más atrás y bateo con fuerza. Jack Wu aparece a mis espaldas en ese mismo instante. El bate no le pega en la cabeza por tres centímetros.

Un señor enorme vestido con un traje negro se pone tenso en las cercanías. Se pone tenso, pero no interfiere.

Es el chofer y guardaespaldas de Jack, una sombra que lo sigue siempre que decide salir. El papá de Jack es rico. Rico y nervioso.

Jack odia al guardaespaldas. Me lo dijo miles de veces. Jack y yo somos amigos, así que me cuenta esas cosas.

–Ten cuidado con el bate, amigo –dice, y me golpea en el hombro.
Un golpe juguetón.

Traje da un paso adelante y Jack se vuelve, anticipándose a él.

–Quieto, Rover –ordena, como si le estuviera hablando a un Pitbull.

Traje sonrío como si él fuera parte del chiste, pero me pregunto si no le daría una golpiza terrible a Jack si tuviera la oportunidad. En cambio, se inclina sobre el pulcro Mercedes negro y espera.

–Jugaste un partido increíble –comenta Jack. Hace un gesto con la cabeza hacia el campo de juego.

–Hago lo mejor que puedo –respondo.

–Lo mejor que puedes acaba con los contrincantes –dice, y me golpea de nuevo en el hombro.

Esta vez, el señor enorme no se mueve. Pero los otros jugadores nos están observando.

Dos golpes en el brazo. Una forma de ejercer dominación.

La dominación es una amenaza. Hay que encargarse de ella.

Hago una lista mental:

Dejar que me pegue. Elegir un estatus menor.

Contraatacar de la misma forma, con la misma fuerza.

Escalar. Ejercer mi dominio.

¿Cuál debería elegir?

Se supone que Jack es mi amigo. Un adolescente golpearía a otro de la misma forma en la que él me golpeó a mí. Si tienes dudas, imita. Eso me han enseñado.

Así que elijo la opción dos.

Le doy un golpecito a Jack en el hombro.

–¡Ay! –grita, haciéndose el dolorido–. Cálmate.

Esta transacción entera no dura más de dos segundos:

Bateo.

Jack me golpea. Le devuelvo el golpe.

Ambos reímos mientras Traje observa.

YO SOY EL ARMA

Esto verías si nos estuvieras observando ahora mismo. Dos amigos deportistas haciéndose bromas.

–¿Quieres volver a la bóveda del banco? –pregunta Jack.

La bóveda del banco. Así le dice a su casa.

–Un ratito –respondo.

Jack se dirige hacia el auto. Traje reacciona con rapidez y le abre la puerta trasera.

–Mi amigo también viene con nosotros –anuncia Jack.

–Sí, señor –dice, y me hace un gesto para que entre al auto.



EL CUERO DEL MERCEDES ES SUAVE.

Es el tipo de cuero que atrae, que te suplica que te recuestes contra él. Un asiento que dice: *Te estoy cuidando. Te estoy conduciendo adonde tienes que ir.*

Me imagino tener un padre que pueda pagar estas cosas. Autos costosos. Guardaespaldas costosos. No solo que pueda pagarlas, sino que quiera que su hijo las tenga. Que quiera que lo cuiden.

Pero no debería estar pensando en eso ahora. No cuando hay trabajo que hacer.

Miro a Jack. Está recostado con los ojos cerrados.

–Estaba pensando –dice.

–Algo inusual en ti.

–Estúpido –me insulta.

Sonríe, los ojos todavía cerrados.

–Estaba pensando en nosotros.

–Detente ahí mismo –ordeno–. Me estás poniendo nervioso.

–¿Puedo hablar en serio durante un minuto? –pregunta.

–Quieres ponerte serio durante sesenta segundos, no voy a detenerte.

–Estaba pensando que eres un amigo de verdad.

–Tienes muchísimos amigos –puntualizo.

YO SOY EL ARMA

–No son amigos que invite a casa. No son amigos en los que confie.

–¿Confías en mí?

–Por supuesto –afirma Jack.

Traje tose en el asiento delantero. ¿Una advertencia para Jack? ¿Un recordatorio de que él todavía está allí? O nada de eso. Un cosquilleo en la garganta.

–Si confías en mí, ¿me prestarías cien dólares? –pregunto.

–Tampoco para tanto –responde.

Ríe.

Me golpea el brazo.

Dejo que lo haga.



**TRAJE TIPEA UN CÓDIGO
EN LA PUERTA DE SEGURIDAD.**

La gran puerta de metal se desliza y deja al descubierto una entrada larga y una cabina de seguridad ubicada a unos seis metros de distancia.

Estacionamos junto a la cabina y Traje le asiente con la cabeza a un guardia. Levanta dos dedos. Ingresan dos personas, Jack y yo. El guardia lo anota. Me ha visto con anterioridad, y sabe que no represento un problema.

Seguimos la marcha por una curva cerrada y la casa aparece ante nuestros ojos. Grande, pero no ostentosa. Traje se detiene para dejarnos salir.

Jack tipea un código para acceder a la casa.

La puerta de entrada emite un pitido que anuncia nuestro ingreso. *Puerta de entrada abierta*, informa.

Se escucha otro pitido cuando la puerta se cierra. *Puerta de entrada cerrada*, dice la voz electrónica.

El papá de Jack deambula con una cerveza en la mano. Su nombre es Chen Wu. Sus amigos le dicen John. Es el CEO de una empresa de última tecnología ubicada en la Ruta 128. Muchos contratos gubernamentales.

¿Necesita toda esta seguridad?

Sé que le gusta. Estar rodeado de varias personas con armas te hace sentir importante. Te hace sentir seguro y, lo que es más importante

para él, hace que su esposa se sienta segura. Eso evita que ella le haga pasar un mal rato.

No es solo el señor Wu. Todos los CEO están nerviosos en este momento. Hubo algunas demostraciones de violencia hace un año. Un niño importante resultó herido de bala durante un intento de secuestro mientras estaba de vacaciones en México. Los integrantes de la lista *Fortune 500* se obsesionaron con la seguridad. Ahora los niños ricos como Jack necesitan un equipo de comandos hasta para defecar.

–Un gusto verlos, niños –saluda el papá de Jack.

–¿Cómo estás, papá? Tengo que *mear*. Con el perdón de la expresión.

Se vuelve para irse.

–Ey, no me puedo quedar mucho tiempo –aviso.

–¿Te tienes que ir? –pregunta Jack con decepción.

–Tengo que llamar a mi mamá –explico–. Supongo que es de mañana donde sea que esté.

–Qué mierda –dice Jack.

Sube las escaleras a toda velocidad.

–¿Tienes tiempo para algo fresco? –pregunta el papá de Jack.

–¿Cerveza o soda?

–¿Cuántos años tienes? –pregunta.

–Dieciséis.

–Entonces soda. Pero fue un buen intento.

Me encojo de hombros como si estuviera triste, y lo sigo a través de la sala de estar.

–¿Cómo estuvo el partido? –pregunta el papá de Jack.

–Espectacular –respondo–. Deberías venir algún día.

–Los partidos de la preparatoria no me agradan –explica.

Pero son los partidos de su hijo, así que, ¿qué importancia tiene eso?

Esas cosas pasan seguido con los de la *Fortune 500*. El señor Wu siempre está trabajando. Salvo los viernes a la noche. Su único momento

de descanso, y no quiere pasarlo con su familia. Se relaja al atardecer y vuelve a trabajar durante todo el fin de semana.

Que así sea. Es viernes a la noche y él está aquí. Yo también.

Es lo único que importa.

Nos dirigimos hacia la cocina y la conversación vira hacia los Red Sox. Estamos cerca de Boston, así que es obligatorio hablar de los Sox.

Me doy cuenta de que hay un soporte costoso para cuchillos sobre la encimera y falta uno en una de las ranuras. Una ranura grande. Es para un cuchillo grande, que podría usarse como arma.

Observo con detenimiento la habitación.

El fregadero.

El cuchillo está apoyado sobre una tabla de cortar junto al fregadero, a tres metros de nosotros. Una distancia segura.

Me relajo y exhalo. Me siento en la mesa, introduzco la mano en la mochila y tomo un bolígrafo.

El papá de Jack me mira desde el refrigerador, tiene una pregunta en el rostro.

—¿Estás tomando notas?

—Cuando hablas de béisbol, yo escucho —respondo.

El papá de Jack sonríe. Yo también sonrío.

Si tienes dudas, imita.

Giro el capuchón hasta que escucho un *click* y sale la punta.

El papá de Jack se acerca para alcanzarme el refresco.

Le clavo la punta del bolígrafo en el antebrazo. La acción hace que baje un émbolo en miniatura.

Los ojos se le agrandan cuando la droga comienza a actuar. La boca se le frunce y forma el clásico *qu...*

Tal vez está intentando decir *por qué*.

Tal vez *qué*, como si quisiera preguntar *¿Qué estás haciendo?*

Pero la droga es de acción rápida. Su velocidad real depende de la edad y del estado físico, lo que es una mala noticia para el papá de Jack.

Está fuera de estado. Así que sucede rápido. Más rápido de lo que se tarda en formular una palabra.

El papá de Jack tropieza, y yo lo sujeto. Lo acomodo en el suelo junto a la mesa de la cocina. No dejo que caiga, porque no quiero que Jack baje corriendo por las escaleras para ver qué causó el ruido. No quiero que nadie más entre a la cocina.

Todavía no.

Necesito quince segundos.

Seis para apoyarlo en el suelo, acomodar el cuerpo, extender los miembros como si se hubiera caído. Uso un codo para arrojar una lata de cerveza al lado de él. La espuma sisea.

Cinco segundos para guardar el bolígrafo y el cuaderno y cerrar la mochila, que está colgando del respaldo de una silla.

Cuatro segundos más para que finalice el proceso, para que la reacción química en el cuerpo del señor Wu lo conduzca hacia un punto de no retorno.

Quince segundos.

Listo.

Observo el cuerpo. El hombre que era Chen Wu se ha ido.

Un esposo se ha ido.

Un padre se ha ido.

–Confío en ti –dijo Jack.

Ese fue tu error, pienso.

Pasaron veinte segundos. El marco externo de la misión.

–¡Ay! ¡Dios mío! –grito–. ¡Ayuda!

Abro la puerta de entrada con rapidez.

–¡Alguien! –vocífero.

Jack baja corriendo las escaleras y su rostro se pone blanco de la conmoción. Deja escapar un sonido, algo entre un gemido y un grito.

Los de seguridad entran a toda velocidad. Una mirada al cuerpo y el primer hombre ya lo sabe.

ALLEN ZADOFF

Después de eso, todo es un espectáculo. Me hago a un lado y observo lo que sucede.

Intentos de resucitación, la ambulancia, todo.

Me acerco como si quisiera involucrarme en el medio de la acción, estar cerca de mi amigo Jack. Traje, el guardaespaldas del partido de béisbol, me detiene.

Me coloca un brazo alrededor del hombro, con gentileza, como si fuera mi padre o algo por el estilo. Quiero sacármelo de encima, pero no lo hago.

–Tal vez sería mejor que te apartaras –indica.

–¿Pero Jack...?

–Es un asunto familiar –explica.

Relajo los hombros debajo de su brazo.

–Necesito mi mochila –digo.

Se mete en el tumulto, toma mi mochila, me la alcanza y me guía hasta la puerta.

Echo un vistazo hacia atrás. Lo último que veo es a Jack en el sofá, la espalda encorvada, la cabeza casi tocándole las rodillas.

Un perfil de tristeza.

Todo por mi culpa.



**DEJO ATRÁS LAS LUCES
GIRATORIAS DE LA AMBULANCIA.**

También los coches de seguridad, los oficiales de policía, el parloteo de las radios de onda corta.

–¿Necesitas que te lleve? –pregunta el guardia de la puerta.

–No, está bien –respondo.

–Día complicado –comenta.

–Terrible.

–Ocurrió en mi turno –explica sacudiendo la cabeza–. Pero no pueden culparme, ¿verdad? No soy Dios. No decido cuándo y dónde.

No es verdad.

No tienes que ser Dios para decidir cuándo y dónde. Solo tienes que actuar y estar dispuesto a lidiar con las consecuencias.

–Cuidate –aconseja.

–Siempre lo hago.

Me abre la puerta, y estoy fuera.

Camino despacio por la calle, como alguien que está traumatizado. Pero no estoy traumatizado. Ya estoy pensando en lo que viene. Estoy analizando mi estrategia de salida.

Y quizá, solo por un momento, pienso en Jack.

Fue mi mejor amigo durante cuatro semanas. Pero ya no.

ALLEN ZADOFF

Tal vez no le agrade demasiado que haya asesinado a su padre. De todas formas no se va a enterar. La droga no deja rastros. El papá de Jack tuvo un infarto. Eso es lo que mostrará la autopsia, si le llegan a hacer una. Se moverán influencias. O el equivalente moderno: se presionarán teclas de computadora.

Si se hace una autopsia, no mostrará nada.

Causa natural.

Esa es mi especialidad. Las personas mueren a mi alrededor, pero nunca parece que sea por mi culpa. Parece que es solo mala suerte que le sigue a la buena.

Buena suerte: conoces a un nuevo amigo genial en la escuela.

Mala suerte: una tragedia sacude a tu familia.

Parece que los dos sucesos no están conectados, pero lo están.

Jack no sabía eso cuando nos hicimos mejores amigos hace un mes. Entré en su vida con facilidad, y ahora estoy saliendo de ella de la misma manera.

Le rompí el corazón a otro chico, cambié el curso de su vida. Por suerte para mí, puedo hacerlo y no sentir nada.

No siento nada.

No es verdad.

Siento el frío, el hambre, la tela de una camiseta nueva rozándome la piel y la grava debajo de los pies.

Pero esas no son sensaciones, no son sentimientos.

Yo también tuve sentimientos una vez. Creo que los tuve. Pero eso fue hace mucho tiempo.

Eso fue *antes*.



SE LLAMABA MIKE.

Y era mi mejor amigo.

O eso era lo que yo pensaba.

Era el chico nuevo de la escuela, pero no parecía nuevo. Desde el minuto en el que empezó, parecía que había estado allí desde siempre.

–¿Qué te gusta hacer? –me preguntó la primera vez que le hablé.

–Leer –respondí.

Tenía doce en ese entonces y mis libros eran tantos, que mi papá me tuvo que construir una segunda biblioteca en la habitación.

–¿Lees esas cosas de vampiros? –preguntó.

–No. Acción, aventura. Me gusta la ciencia ficción.

–Cool –dijo–. A mí también.

No me pareció extraño que nos hiciéramos mejores amigos al instante, como si nos hubieran separado al nacer. *Hermanos de diferente madre*. Así dicen.

En una semana, nos volvimos inseparables. En dos, él ya estaba durmiendo en mi casa.

Nos quedábamos despiertos hasta tarde, desafiando a mis padres, hablando de absolutamente todo. Intercambiábamos libros. Hablábamos de chicas.

Fue durante ese año que observé que las chicas usaban sujetadores, y que se podía ver a través de sus camisetas si la luz era la indicada. Mike me enseñó que siempre había que dejar que las chicas se ubicaran entre nosotros y alguna ventana en un día soleado, porque mejoraba la vista. Pensé que era un genio.

Mike y yo. Dos niños de doce años, riéndonos y hablando tonterías, contentos por haber encontrado a un cómplice en el otro.

En retrospectiva, me tendría que haber resultado extraño no conocer su casa ni a sus padres. Dijo que su papá era abogado corporativo que viajaba por negocios. Mi papá era profesor y científico que a veces viajaba a conferencias, así que sabía lo que eso significaba. Creo.

Su mamá se abrumaba, decía. No le gustaba tener niños cerca.

Mi madre también se abrumaba. No por los invitados, sino por mi papá. En ese entonces, ya habían estado peleando durante meses. No sabía por qué peleaban, pero era una de esas peleas que continuaba incluso cuando ya había terminado, incluso cuando todo estaba calmo.

Esa situación se extendió por tanto tiempo que parecía que nuestra familia estaba teniendo un ataque de nervios.

Le conté todo eso a Mike.

Era mi amigo. Se sentía bien contarle esas cosas, confiar en él.

No sabía que iba a matar a mis padres.



**A VECES PASA ESTO
CUANDO TERMINO.**

Surgen los recuerdos. No sé por qué.

Con el tiempo se van, si sigo adelante.

Estoy a un kilómetro y medio de Jack ahora, alejándome por la calle, yendo hacia mi punto de salida. Si todo sale como lo planeé, debería estar solo y en camino hacia las afueras de la ciudad.

Debería.

No lo estoy.

Lo siento un minuto antes de que ocurra. Algo cambia en el aire. Todos tienen intuición, pero no todos saben cómo escucharla. Me entrenaron para oír, para percibir cambios pequeños en el ambiente a mi alrededor, para predecir resultados antes de que sucedan.

Y me entrenaron para reaccionar.

Mi intuición me indica que algo está por ocurrir.

Y luego ocurre.

Un sedán gris oscuro se acerca doblando la esquina. El auto se sacude un poco cuando el conductor me mira. Todo sucede en un instante, como cuando alguien ve un pozo en el camino a último momento y gira el volante para evitarlo.

Pero no hay bache. Solo estoy yo.

Es una reacción humana natural. Cuando encuentras lo que estabas buscando, tu cuerpo reacciona. En póker lo llaman *tell*, un tic físico que revela lo que le está pasando al otro jugador.

El conductor tiene un tic. Eso es bueno.

Porque cuando el auto frena en el medio de la calle, yo ya tuve unos segundos para prepararme.

Observo con rapidez el área.

Calle vacía atrás. Superficie de piedra y grava a mis pies. Un puñado de casas alejadas de la calle, sus vistas ocultas detrás de los matorrales y de los árboles.

Y el auto enfrente de mí, a veinte metros de distancia.

Doy unos pasos más y veo la patente. No es uno de los autos del papá de Jack. Este auto tiene patente diplomática.

Se abren las puertas. Salen cuatro hombres asiáticos vestidos de traje. Lo hacen de manera casual, como si cuatro hombres de traje parados en el medio de una calle de los suburbios no fuera la gran cosa.

Decisiones:

Escapar hacia el bosque. Ver qué tan buenos son a pie y separados.

Algunos dirán que esa es la mejor estrategia en esta situación, dividir el poder y enfrenarlo poco a poco.

Algunos afirman eso. Yo no.

Hay otro truco que aprendí de las personas que me entrenaron. No disperses el poder; concéntralo. Acércate demasiado a él, donde su efectividad se reduce.

Ese es el truco que voy a utilizar.

El problema: nunca llevo arma, y arrojé mi bolígrafo mortal y otras herramientas por una alcantarilla. Dejé atrás mi mochila vacía en un contenedor de basura.

Así que no tengo otra opción que confiar en mi entrenamiento.

Debería ser suficiente.

Pero no puedo saberlo con certeza.

Sigo en la misma trayectoria, me dirijo hacia el auto. Estoy a diez metros. Mantengo una actitud no amenazante. Soy un chico de dieciséis años caminando por la calle. Eso es lo que quiero que vean.

También es la verdad. Tengo dieciséis. Estoy caminando.

Cuando me acerco, escucho que los hombres hablan entre ellos en mandarín. Observo la tela barata de sus trajes, y veo que las chaquetas no les quedan bien sobre los hombros musculosos.

Los diplomáticos no tienen hombros musculosos. Tal vez alguno al que le guste el ejercicio. No cuatro a la vez.

No conozco a estos hombres. No me topé con ellos en la misión de Jack. Pero ellos saben algo de mí porque me están mirando como si fuera la cena del zoológico.

Esto se puede tornar interesante con mucha rapidez.

—Ey —dice el primero—. Estamos perdidos. ¿Nos podrías ayudar?

Su inglés es bueno. Su estrategia, no.

Nadie detiene el auto en diagonal en el medio de la calle para pedir ayuda.

Es ridículo, pero soy un adolescente, así que las personas en general me subestiman.

La mayoría de los adolescentes luchan contra eso porque quieren demostrar lo fuertes que son.

Yo no.

Es conveniente que te subestimen. Es lo que se conoce como ventaja táctica.

Así que cuando el chino me pregunta si lo puedo ayudar, respondo:

—Seguro. ¿A dónde quieren ir?

Se sorprende un poco, pero no por completo.

Todavía me está subestimando.

—Tengo la dirección en mi teléfono —explica.

Saca un celular Android para que lo mire. El hombre que está a su lado lo sigue con la mirada. El celular está a un brazo de distancia.

Lo que significa que tengo que acercarme a un brazo de distancia para verlo.

Me acerco.

Los dos hombres de atrás se arriman, ajustan la red. Se relajan al mismo tiempo. *Esto va a ser fácil*. Eso es lo que están pensando. Lo veo reflejado en sus posturas.

Dos filas de dos. Estoy acercándome hacia ellos y tratando de encajar las piezas del rompecabezas al mismo tiempo. Torsos firmes, cortes de cabello perfectos y patentes diplomáticas. Es probable que me esté enfrentando a espías chinos. Supongo que el papá de Jack tenía negocios con ellos, y esa es la razón por la que me enviaron aquí.

Pero no lo sé con certeza. No necesito saberlo.

No me corresponde hacer preguntas. Me dan una misión, y la llevo a cabo.

La mayor parte del tiempo es fácil, pero algo salió mal, porque están aquí y me han detectado.

Me guardaré las preguntas para más tarde.

Solo me importa una cosa en este momento.

Sobrevivir.

No peleo por deporte. Peleo cuando es necesario.

Si me meten en un auto con patente diplomática, se terminó todo. La policía no intervendrá, no tendré ningún tipo de ayuda.

No puedo dejar que ocurra eso.

El hombre que habló en inglés me muestra el celular. Pienso en uno de esos peces de alta mar que tiene un apéndice colgando enfrente de la boca para atraer a su presa. Un pez que tiene su propia caña de pescar, diseñado por la naturaleza.

Biología, subtema 3C: Competición y depredación.

Este hombre tiene su celular. Lo balancea.

Tomo el anzuelo.

Literalmente. Se lo arrebato de las manos.

Lo arrojo y le pega en el puente de la nariz. No hago preguntas y no titubeo. No contra cuatro hombres.

El vidrio se hace trizas. Su nariz queda hecha trizas.

Antes de que caiga al suelo, ataco al próximo hombre. Esta vez, uso la esquina del celular. Me doy vuelta, me balanceo de un lado a otro, y le pego en el ojo izquierdo. Retomo mi posición con rapidez y lo apuñalo con el celular en el ojo derecho. El globo ocular resiste unos instantes antes de romperse.

Dos menos.

La sorpresa fue mi ventaja. Ya no lo es.

Se acerca el tercer hombre. Es más grande que los otros. Mucho más grande. Se cubre el rostro mientras se mueve. No se va a dejar engañar como sus amigos.

Así que lo engaño de otra forma.

Luego de darme cuenta de que el cuarto hombre se alejó al borde de la calle, me abalanzo contra la puerta abierta del auto. Es exactamente donde me quería el número tres un minuto atrás. Pero un minuto es mucho tiempo en una pelea. Pensó que me metería en el asiento trasero. El hecho de que ya esté allí significa que tiene que perseguirme.

Me muevo como si fuera a saltar por la puerta hacia el otro lado.

Me quedo a mitad de camino. Me meto al auto. No salgo.

Se acerca.

Es un espacio reducido. La flexibilidad le gana al tamaño en un espacio pequeño.

Soy la flexibilidad. Él es el tamaño.

Intenta utilizar los brazos para golpearme, pero no hay espacio suficiente.

Todavía tengo el celular. Esta vez lo dejo dentro de mi puño para reforzar el golpe, y le propino tres puñetazos fuertes.

Lo aturde, pero no lo noquea.

Salgo del auto, y cuando me persigue, lo golpeo con la puerta en el rostro.

ALLEN ZADOFF

Se desploma en el suelo, inconsciente. Sabe cómo recibir un golpe de puño, pero no sabe cómo recibir un portazo en la cara. Nadie sabe.

Levanto la mirada y me encuentro con el cuarto hombre esperándome armado allí afuera.

Tiene un arma, y yo tengo un celular roto en la mano.

No es lo que llamaría una pelea justa.

Un estúpido con un arma pensaría que ya ganó.

No es el caso del cuarto hombre. Es inteligente. Estuvo observando y aprendiendo.

Se mantiene lejos del celular, lejos de mí y fuera del alcance de mis golpes.

Me sigue apuntando al torso. Lo que significa que sabe cómo usarla. Si apuntas a la cabeza de alguien y se mueve rápido, hay muy pocas posibilidades de que le aciertes. No sucede lo mismo si mantienes el arma apuntando al torso.

No utilizo armas, pero sé todo acerca de ellas. O por lo menos, lo suficiente para saber que estoy en problemas.

Hace un gesto con la cabeza para ordenarme que me dé vuelta. No mueve el cañón del arma como lo haría cualquier inexperto.

Si me doy vuelta, estoy acabado.

No pienso que vaya a disparar. Me llevará a algún lugar y me hará preguntas. Mucho peor que recibir un disparo.

Pienso en mi papá. La última vez que lo vi tenía doce años. Estaba amarrado a una silla y sangraba. Alguien le había hecho preguntas.

Las preguntas son malas.

Ese día con mi papá fue hace mucho tiempo. Otra época, otra vida.

Ahora tengo enfrente a un hombre con un arma.

Ahora tengo que buscar opciones.

Ahora tengo que sobrevivir.

El cuarto hombre me grita en mandarín. No sé lo que está diciendo, pero está enfadado. Sabe lo que estoy tratando de hacer. Demorar.

YO SOY EL ARMA

Buscar una salida. Y con sus tres colegas abatidos y sangrando, ya no me está tratando como a un chico de dieciséis años.

Miro el arma. Lo miro a los ojos.

Frialdad.

Estoy en problemas.

Y en ese momento, suena el celular.

El teléfono que tengo en la mano. El vidrio está roto, pero el celular todavía funciona.

El sonido lo sorprende tanto como a mí.

La sorpresa no es algo malo. No si la puedes usar para tu beneficio.

Respondo la llamada.

—¿*Ni hao ma?* —digo. Es “¿Cómo estás?” en chino.

Es todo lo que sé decir.

Escucho unos instantes y luego se lo alcanzo al cuarto hombre como si fuera para él. Está tan sorprendido que no sabe qué hacer.

Sacudo un poco el celular.

Miro al hombre como si fuera un idiota. Ambos escuchamos la voz gritando en el teléfono, aguda y distante.

No sé qué está diciendo, pero no importa.

Biología, subtema 3C.

Balanceo el celular enfrente de mí.

El hombre se acerca...

Y le pego en la cabeza, en el punto débil de la sien, a dos centímetros de distancia del ojo. Lo golpeo con tanta fuerza que me queda el celular destrozado en la mano.

Se desploma en el suelo.

Listo.

¿Qué habría ocurrido si el celular no hubiera sonado? ¿Qué habría pasado?

Ahora no.

No puedo pensar en eso en este momento.

“El azar puede ser tu amigo o tu enemigo”, solía decir Madre. “Haz que sea tu amigo”.

Madre, así llamo a la mujer que me entrenó.

Me enseñó esa lección, y la apliqué hoy.

Observo a mi alrededor, los cuerpos de los cuatro hombres en el suelo. Miro el arma que tengo a los pies.

Madre me enseñó otra lección. La muerte es una herramienta que utilizo para mi trabajo. No es algo para tomar a la ligera. Podría acabar con estos hombres, pero no es estrictamente necesario. Ya están inmovilizados, y su misión, desbaratada.

No tienen que morir. Al menos por ahora.

Tema cerrado.

Es hora de utilizar un celular de verdad. Mi iPhone.

Parece un celular común, pero no lo es. La carcasa es la misma, pero el sistema operativo es muy diferente. ¿Y las aplicaciones? Bueno, están muy por encima de las comunes.

Abro la aplicación del clima.

Hago un click en INFORMAR CONDICIONES PELIGROSAS.

Sostengo el celular en alto. Aparece un punto GPS en un mapa que muestra mi ubicación. Está rojo y un segundo más tarde se torna verde.

Un equipo de limpieza estará aquí en pocos minutos.

Madre no estará contenta. Quizá tenga que darle algún tipo de explicación.

Tomo del bolsillo del cuarto hombre las llaves del auto. Enciendo el sedán. Los espías chinos seguramente no denuncien un auto robado.

Además, tiene patente diplomática. Y me gusta conducir rápido.



**CONDUZCO A TODA VELOCIDAD
POR LA CARRETERA PIKE.**

Nunca hago eso en condiciones normales.

Nada que atraiga la atención hacia mí.

Pero la patente diplomática y conducir como un idiota van de la mano. Además, estoy en la carretera Pike, donde las normas de tránsito son opcionales.

Estoy yendo hacia Boston ahora, así me distancio del incidente. Los carteles que indican el kilometraje siguen pasando, cada uno que dejo atrás me pone más a salvo que el anterior.

Echo un vistazo por el espejo retrovisor y compruebo de manera automática que nadie me esté siguiendo. Abro la ventanilla del techo para controlar el cielo.

Estoy solo.

Pienso un momento en Jack, en lo que debe estar sintiendo ahora mismo. En tan solo un segundo se convirtió en otra triste estadística. La muerte de su padre será una tragedia menor entre los estudiantes privilegiados de la preparatoria Natick. Un hombre joven, la inesperada pérdida de un padre, un período de duelo, un período de adaptación.

Pero yo sé algo que Jack no sabe:

La vida continúa.

Incluso después de las peores tragedias, la vida sigue. Tengo dieciséis, pero esa es una lección vieja para mí. Me ayuda a hacer lo que tengo que hacer.

Hay algo más que sé:

El padre de Jack no era quien decía ser.

Jack pensaba que su papá era el CEO de una empresa de tecnología que tenía una gran cantidad de contratos gubernamentales.

Esa parte era cierta.

Pero su padre también era otra cosa. Estaba trabajando en secreto con las personas equivocadas. Después de bailar con cuatro espías chinos esta tarde, supongo que él también trabajaba con el gobierno chino.

No me corresponde saber los detalles. No son parte de mi trabajo.

Mi trabajo es entrar, cumplir con la misión y salir. Seguir con la próxima.

Me asignan los trabajos.

No debo pensar. Debo actuar.

El panorama general, eso es todo lo que necesito, y la verdad acerca del papá de Jack es que estaba haciendo algo que no tenía que hacer. Algo que lo convertía en un hombre peligroso, tal vez un traidor.

Esa es la razón por la cual me enviaron aquí. Para detenerlo.

Es mi especialidad. Me asignan una misión y la cumplo.

El Programa, la organización para la que trabajo, dice que soy un patriota, pero los patriotas tienen opciones. Yo no las tengo.

Tal vez eso no sea cierto.

Tuve una opción hace mucho tiempo y cometí un error.

Mi papá también tuvo una opción. Eligió mal, o yo no estaría aquí.

Volviendo a Jack y a su papá. El asunto en cuestión.

No es necesario que tenga una opinión acerca de lo que hice, pero sí tengo una forma de pensar que me ayuda. Le hice un favor a Jack.

No conoce el daño que su padre ya hizo o el daño que habría causado si yo no lo hubiera detenido.

YO SOY EL ARMA

A diferencia de mí, Jack podrá mantener para siempre la imagen preciada de su padre; será congelada en el tiempo. Nunca se sabrá qué o quién era su padre. No lo sabrá él. No lo sabrá nadie.

Esto es lo que Jack recordará:

La mentira hermosa que definía a su familia.

No tengo la suerte de Jack.

Sé la verdad acerca de mi familia. O parte de ella.

Sé que mi papá no era el padre genial que yo creía que era, o el hombre que fingía ser ante el mundo. El Programa me dice una cosa, pero mis recuerdos me dicen otra.

No sé a quién creerle.

Es suficiente para hacer que todos mis recuerdos sean sospechosos, para que mi pasado sea un misterio del que no puedo escapar.